

Nuevas articulaciones de la extrema derecha global: actores, discursos, prácticas, identidades y los retos de la democracia

Antonio Álvarez-Benavides¹; Emanuel Toscano²

1. Nuevas movilizaciones y articulaciones políticas (contrapuestas) en el inicio del nuevo milenio

Al comienzo de la década del 2010 toda una serie de movimientos sociales surgieron alrededor del mundo, aunque en contextos y con demandas locales distintas, coincidían en reclamar más justicia social, dignidad y una mejor democracia. Formas clásicas del activismo, unidas con algunas nuevas, se imbricaron en las calles, en las plazas, en las redes locales, globales y virtuales, reclamando un mundo más justo y los derechos sociales perdidos tras la crisis económica global. Una ola de creatividad, de subjetividad y de esperanza, hizo dibujar, diseñar y casi tocar una nueva manera de entender y vivir la democracia, que se formalizó, a su vez, en una renovación de la política tradicional, con nuevos rostros, nuevas formaciones, nuevos partidos políticos y nuevos gobiernos (Pleyers, 2018).

La Revolución Islandesa, la Primavera Árabe, el 15M, los distintos Occupys, Gezi Park, la Revolución de los paraguas o la Nuit Debout, son solo algunos de los ejemplos de movilizaciones que se extendieron durante toda la década y que constituyen un momento histórico en las movilizaciones sociales, comparable a otros grandes procesos como Mayo del 68, las movilizaciones por los derechos civiles en Estados Unidos o los movimientos antiglobalización. La democracia se ponía a prueba, porque se consideraba insuficiente ya fuera en sistemas abiertamente totalitarios, como en ciertos países del norte de África o en Hong Kong, en democracias en retroceso, como Turquía, en democracias jóvenes surgidas tras regímenes autoritarios, como en España, Chile o Rumanía, o en democracias mucho más consolidadas como en Estados Unidos, Francia o Islandia. La variabilidad en las reivindicaciones respondía al anclaje de las movilizaciones en cuestiones, problemas y referentes locales. Unas veces la llama prendió por un hecho concreto, por la aprobación de una ley o una medida política considerada injusta, como las movilizaciones en Chile por el precio del transporte público o en Francia por la nueva ley del trabajo; por cuestiones más estructurales, como la falta de alternativas políticas en un sistema que se veía superado por la corrupción y la austeridad, como en España; por las desigualdades sociales locales y globales del sistema capitalista, como en Estados Unidos; o, incluso, por la acción de un único individuo, como en Túnez y en casi una decena de países del entorno por el suicidio de un estudiante.

La dimensión local, el contexto, es imprescindible para comprender la esencia y el carácter de cada una de estas movilizaciones, pero la dimensión global se impuso como nunca antes lo había hecho. El movimiento antiglobalización tenía como objetivo articular un proceso de mundialización alternativo al proyecto neoliberal y tuvo una dimensión planetaria pues se articuló y movilizó en distintas partes del globo, muchas veces de manera simultánea, con actores plurales, que provenían de otros movimientos o que por primera vez se movilizaban. Otros movimientos sociales, como el ecologismo o el feminismo, incluso el movimiento obrero, han tenido un carácter internacionalista, global. Pero el ciclo de movilizaciones iniciado a finales de la primera década del milenio tuvo la característica de combinar asuntos locales, con problemas y temas globales, en una dimensión e intensidad, con un número de actores, medios y canales de movilización y protesta, inusitado. Esa dimensión global se concretaba en la idea compartida de producir una sociedad mejor, más justa, a través de la política y de la acción colectiva. Más allá de los objetivos concretos, particulares, subyacía la esperanza de que se podían “cambiar las cosas” a través de la promoción de la igualdad, la dignidad de las personas, los derechos sociales, el respeto al medio ambiente, el feminismo, la valorización de la diversidad, y la redistribución de la riqueza. No todas estas ideas estaban presentes en todas las movilizaciones y no todos los participantes las compartían, pero de forma mayoritaria existían una concepción progresista de la política y de la vida.

¹ John Jay College of Criminal Justice, City University of New York (CUNY), Estados Unidos; Grupo de Estudios Socioculturales Contemporáneos de la Universidad Complutense de Madrid (GRESO-UCM)
aalvarezdebenavides@jjay.cuny.edu

² Università Guglielmo Marconi
emanuele.toscano76@gmail.com

Por el contrario, el panorama al comenzar la tercera década del milenio es bastante desolador. Los cambios deseados no han llegado, o solo en parte, y en algunos casos ha habido una clara involución. También a nivel global se ha producido una serie de movilizaciones y articulaciones políticas de un carácter opuesto al de las movilizaciones post-2010. Las propuestas progresistas han dejado paso a posiciones reaccionarias. Distintas formas de extrema derecha están presentes en los gobiernos de Brasil, Italia, Hungría, han crecido en toda Latinoamérica, Asia y Europa. Incluso en España, donde su presencia en la arena política con representación propia era residual desde la Transición, la extrema derecha ha conseguido convertirse en la tercera fuerza política en las cortes generales, tener representación en la mayoría de los parlamentos autonómicos y municipales y ser determinante para la formación de gobiernos en varias capitales y comunidades autónomas. El mandato de Trump supuso, tal vez, el proceso político más representativo de este cambio de tendencia en el que las demandas de justicia social se han sustituido por políticas en contra de la libertad sexual, la igualdad de género y la diversidad. Del mismo modo, los discursos xenófobos y en contra de la igualdad se han normalizado en los medios de comunicación de masas y en las redes sociales.

Si bien es cierto, ni estos movimientos han surgido de manera espontánea en los últimos años, ni los movimientos progresistas se han agotado. La presencia de la ultraderecha ha sido una constante en la arena política internacional después de la 2GM. En Estados Unidos, además de los colectivos supremacistas, activos durante todo el siglo XX, la distinción entre (neo)conservadurismo y extrema derecha es a veces difusa. En América Latina las dictaduras militares abrazaron en su mayoría los postulados de la extrema derecha y se extendieron hasta los años 90. También fue de extrema derecha la dictadura franquista en España. Nuevas formulaciones surgieron con fuerza en los 70' y 80' en Europa, especialmente en Francia y Italia (Gallego, 2007). Así, podemos encontrar ejemplos de partidos, colectivos y movilizaciones de extrema derecha en casi cualquier parte del mundo durante todo el s. XX. Pero, por otro lado, tampoco podemos dar por concluido el ciclo de movilizaciones post-2010. Sus raíces también son profundas y extensas, pero muchas de las movilizaciones se mantienen activas, como los Chalecos Amarillos en Francia o la Revolución de los Paraguas en Hong Kong; se revitalizan, como la Primavera Árabe; o surgen otras nuevas que podrían agruparse dentro de este tipo de movimientos sociales, como las movilizaciones por los derechos reproductivos de las mujeres en Polonia.

En todo caso, de igual manera que los estudios sobre movimientos sociales constataron la proliferación de ciertos procesos sociales y políticos de carácter progresista en un periodo concreto, con características y aspiraciones similares, y que a pesar de estar anclados en lo local tenían un carácter global, podríamos hablar de un proceso con numerosas similitudes, en el que movimientos ultraconservadores, ultranacionalistas, y que estarían dentro de espectro de la extrema derecha han crecido y se han generalizado en distintos lugares del planeta adoptado formas novedosas. Estas nuevas formaciones y movilizaciones de extrema derecha comparten características, tienen una concepción de la vida y de lo social similar, así como proyectos políticos y una ideología que converge en muchos de sus preceptos. Además, al igual que los movimientos progresistas, todos ellos pretenden producir una sociedad particular.

2. Objetivos y alcance del monográfico

Establecer generalidades es tan complejo como arriesgado. Siempre hay ejemplos que contradicen la pauta que el científico considera que se repite en distintos casos, los puntos comunes que le llevan a establecer esas generalidades. Hablar de extrema derecha es una buena excusa para cometer esas imprudencias.

En este monográfico hemos intentado proponer una aproximación a un fenómeno social plural y complejo, pero estableciendo una serie de límites. Así, tratamos extremas derechas nuevas, esto es, formaciones, colectivos o iniciativas sociales y políticas que se han creado después del inicio del siglo XXI. Aunque Trump y el *Trumpismo*, que ocupan el tema central de uno de los artículos y sobre el que hay varias referencias en otros, pertenecen a un partido existente previamente, consideramos que tanto su campaña como su presidencia suponen un desarrollo personalista de un nuevo tipo de extrema derecha que ha tenido un impacto significativo en la sociedad estadounidense y a nivel global. Hemos pretendido que sean nuevas, pues nos interesa entender articulaciones propias o en relación con las características de la sociedad contemporánea, especialmente desde el punto de vista de los actores que la producen. Estas formaciones, además, deben aceptar y participar en el juego democrático convencional, es decir, no tener un proyecto alternativo a la democracia. Al abordar casos de estudios que se desarrollan dentro de los procesos democráticos queremos, por un lado, detenernos en la contraposición de visiones del mundo y de intentos opuestos de producir la sociedad y, por otro, explorar las tensiones que dichas visiones, prácticas y producciones antagónicas provocan en las democracias liberales occidentales.

El análisis examina tanto las características compartidas entre distintas formaciones como sus divergencias, atendiendo a los elementos centrales de su corpus ideológico, sus discursos, canales de comunicación y estrategias, sus nexos con otros colectivos locales e internacionales, y su capacidad de influencia y de transformación de la política nacional e internacional. Para ello tratamos cinco "extremas derechas" en cuatro países distintos: CasaPound en Italia, Vox y Hogar Social en España, el Partido de Herencia Cristiana (PHC) en Canadá y el

Trumpismo en Estados Unidos. El objetivo central de este monográfico no es examinar de manera sistemática y en profundidad cada uno de los casos, sino utilizar estos ejemplos para tratar de comprender estos nuevos fenómenos y el tipo de sociedad que pretenden construir –y que de hecho están construyendo. Pretendemos proponer un relato de conjunto, con distintas voces y con una variabilidad de aproximaciones teóricas y metodológicas, pero que todas ellas convergen en una serie de temas y preguntas que hemos estructurado a partir de tres ejes:

1. Definición, características y tipologías de las extremas derechas: ¿cuáles son las características de las extremas derechas contemporáneas?, ¿cómo podemos establecer una tipología o clasificación?, ¿asíntomas, realmente, al resurgir y/o a la rearticulación de nuevas extremas derechas?, ¿cuál es la ideología de la extrema derecha?, ¿hay puntos comunes entre las distintas extremas derechas a nivel internacional?
2. Investigar a las extremas derechas: ¿cómo podemos investigar a la extrema derecha?, ¿qué nos ofrece la investigación cualitativa y un enfoque pluridisciplinar para el estudio de estos actores y colectivos?, ¿qué elementos teóricos, conceptuales y metodológicos nos ofrece la sociología del sujeto y de la acción para analizar estos colectivos y formaciones?, ¿cuáles son los motivos que llevan a un individuo a movilizarse dentro de estas iniciativas?, ¿qué tipos de subjetividades se desarrollan dentro y a partir de estos colectivos?, ¿a qué identidades van dirigidos los mensajes de la extrema derecha?, ¿qué similitudes hay entre estos movimientos sociales y sus traducciones políticas con los movimientos post-2010 y los partidos progresistas que surgieron?, ¿por qué y cómo se han desarrollado y expandido estos colectivos y sus ideas a lo largo del planeta?,
3. La democracia y las extremas derechas: ¿cómo afecta a la democracia la presencia, normalización y participación de estos colectivos y actores en la arena política?, ¿cuáles son las consecuencias sociales de la normalización de la extrema derecha en la esfera política y en la sociedad civil?, ¿cómo reaccionan las instituciones civiles ante las tensiones provocada por visiones contrapuestas de producir la sociedad?, ¿está en peligro la democracia?

2.1. La definición, características, tipología e ideología de la extrema derecha

Utilizar el término “extrema derecha” en el ámbito académico ofrece ciertas limitaciones y a su vez ciertas potencialidades. Es un término tremendamente amplio, como puede ser el de extrema izquierda, por lo que sería necesario matizarlo y establecer una tipología a partir de divergencias y similitudes entre fenómenos y colectivos. Al mismo tiempo, más allá de las distintas aproximaciones y definiciones académicas discutidas en todos los artículos que componen este número especial, el uso común de conceptos como fascismo, nazismo, radicalismo o extrema derecha hace más complejo articular una sola definición. Este aspecto es singularmente peliagudo para la sociología y la antropología, ambas disciplinas mayoritarias en los enfoques teóricos y metodológicos del monográfico, pues las definiciones sociales producen la realidad que estudiamos y a la vez son parte del propio objeto de estudio, por lo que no podemos mantenernos ajenos durante el proceso de investigación a estas categorías producidas socialmente. Estas categorías sociales, también resulta problemáticas para las aproximaciones historiográficas, igualmente presentes en varios artículos, pues el relato en disputa del pasado y del presente trasciende lo académico y se constituye como un elemento central en la producción de identidades colectivas. A todo ello habría que añadir que los colectivos, partidos políticos y los militantes de extrema derecha, rara vez se autodefinen como extremas derechas o derechas radicales, por el estigma social que esta definición conlleva (Caiani *et al*, 2012), lo que acrecienta las dificultades analítico-conceptuales de estos fenómenos.

Sin embargo, podemos señalar ciertas pautas que nos permiten acercarnos al estudio empírico de estos colectivos y a sus actores. La primera de ellas es constatar que, en las últimas décadas, pero particularmente en los últimos años, distintas formaciones políticas y otros colectivos más cercanos a los movimientos sociales situados en el espectro ideológico de la extrema derecha, están surgiendo y ascendiendo a nivel global. En el siglo XXI los partidos políticos de extrema derecha han crecido en la eurozona de manera sostenida (Casals, 2011), estando presentes en 18 parlamentos nacionales europeos y representando, al menos, un 10% del electorado en la mayoría de éstos (Holger y Manow, 2019). En otros países de Latinoamérica como Chile, Costa Rica, Colombia, Guatemala, México, Nicaragua o Venezuela la extrema derecha es cada vez más poderosa (Weld, 2020). Pero también en países como Filipinas, Pakistán, Turquía, Tailandia, Japón o Australia (Toscano, 2019; Hutchinson, 2019).

Este desarrollo se está produciendo a partir de la reformulación de la extrema derecha, del surgimiento de nuevas formas y de nuevas articulaciones adaptadas a distintos contextos históricos, sociales y culturales. Sin embargo, esto no significa que la extrema derecha clásica no siga existiendo, o que los nuevos partidos y actores no surjan o hayan militado en formaciones de extrema derecha pretéritas.

La mayoría de los autores clasifican las extremas derechas en dos grandes grupos, principalmente a partir de la distinción que estableció Piero Ignazi (1992, 2003) entre la “extrema derecha tradicional”, que no se

desliga completamente del fascismo y que cada vez es menos representativa, y una “nueva extrema derecha” o “extrema derecha postindustrial” que rompe con ese pasado, reformulándose y aceptando las reglas del juego democrático. Siguiendo esa estela, Enzo Traverso (2018) hace una diferenciación entre neofascistas y posfascistas. Considera neofascistas a aquellos colectivos que intentan retomar las ideas del fascismo clásico y extrapolarlas al contexto actual, como hizo en sus inicios el Frente Nacional francés de Jean-Marie Le Pen. Por otro lado, estarían los posfascistas, que serían nuevos actores de extrema derecha surgidos en el siglo XXI, que no pretenden extrapolar las ideas del pasado siglo a la actualidad, no critican necesariamente el (neo)liberalismo –algunos de ellos lo defienden a ultranza– y exaltan una identidad nacional que está en peligro por una serie de enemigos: inmigrantes, homosexuales, feministas y, dependiendo del contexto, también gitanos, judíos, negros o musulmanes.

Dentro de la nueva extrema derecha podemos encontrar articulaciones muy variadas, como la extrema derecha alternativa o *alt-right*, cuyo máximo exponente se encuentra en Estados Unidos y se manifestó singularmente durante la campaña y el gobierno de Trump, como señala Jeffrey Alexander en su artículo. Esta extrema derecha ultraliberal y ultranacionalista no solo busca sus enemigos fuera de casa, como hicieron las administraciones republicanas directamente precedentes, sino también entre sus compatriotas y en los inmigrantes. A través de una renovación del discurso y un conjunto de nuevas herramientas, han conseguido atraer a un amplio segmento de población desencantado con la política, dando como resultado la polarización y la erosión de la sociedad civil. Este modelo ha servido de inspiración para otros colectivos, como el Partido de Herencia Cristiana en Canadá, que más allá de las referencias a cuestiones nacionales particulares que aparecen en sus textos, sus preceptos ideológicos ultraconservadoras y ultrareligiosos, así como su estilo discursivo, resulta claramente similar. También su influencia en Vox es evidente, como muestran los dos artículos dedicados a este partido. El partido español comparte ese carácter ultraliberal que caracteriza al *Trumpismo* y muchas de sus estrategias, como plantear la política como un espectáculo o la utilización de un lenguaje beligerante y desmedido que difunden masivamente en los medios y en las redes sociales.

Otro tipo de articulación de derecha democrática que se analiza en otros dos artículos tiene una lógica más similar a la de los movimientos sociales. Nos referimos a colectivos como CasaPound y Hogar Social que, aunque todos ellos se han constituido como partidos políticos, surgen como asociaciones o agrupaciones. Estos grupúsculos (Griffin, 2019), también han sido denominados fascismo del nuevo milenio o fascismos *à la carte* (Albanese *et al.*, 2014; Di Nunzio y Toscano 2011), es decir, extremas derechas que cogen los elementos más desdeñables de esta ideología y los esconden, al tiempo que imitan las tácticas comunicativas y la dimensión cultural de movimientos alternativos progresistas –como el movimiento antiglobalización o el 15M–, para resultar más amables, más atrayentes y conseguir más simpatizantes (Álvarez-Benavides y Jiménez Aguilar, 2020a). Del mismo modo, como señala Eva Espinar en su análisis sobre Hogar Social, estos colectivos neofascistas proclaman su carácter antisistema, pues rechazan a las élites nacionales y transnacionales, culpables, según ellos, de la decadencia social, política y cultural, para exaltar a la clase trabajadora, los verdaderos defensores y depositarios de la identidad y la esencia del ser nacional.

A pesar de la variabilidad y complejidad de las articulaciones de la extrema derecha global, podemos encontrar una serie de elementos ideológicos comunes, como se señala en los distintos casos estudiados. En primer lugar, todas estas formaciones son ultranacionalistas, desarrollando una pertenencia de carácter excluyente, es decir, ligada siempre a altos niveles de xenofobia y de rechazo a la diversidad y el multiculturalismo. Como consecuencia arremeten contra todos los que consideran culpables de la degradación de la nación: la inmigración –tema habitual en todos los ejemplos analizados, los colectivos LGTBI –objeto de odio recurrente en los discursos del partido cristiano canadiense–, el feminismo –singularmente analizado en el caso de Vox–, los movimientos progresistas, antifascistas y ecologistas –aspecto también presente en todos los casos de estudio– o contra los lobbies –especialmente Hogar Social y CasaPound, pero también Vox y el PHC. Aunque el sentido de la nación está en disputa no se cuestiona que esa definición, ese sentido del ser nacional, sea el “suyo”. La forma de legitimar esa nación es a través del pasado, un pasado que se ha perdido o que está siendo usurpado (Hobsbawm y Ranger, 2012). La tradición se fundamenta en una concepción ultraconservadora y monolítica de la cultura y de la identidad, de la defensa de la familia y los roles de género tradicionales. El PHC legitima su nacionalismo en la fundación de Canadá sobre los valores judeocristianos que son incuestionables. En el caso de Vox, aunque su discurso se desliza en algunos casos a referentes más seculares, su xenofobia se justifica en los valores alcanzados por Occidente (y en particular por España) –también incuestionablemente mejores–, todo ello envuelto en construcciones mítico-fundacionales de la nación (en este caso, precisamente, tras la reconquista y la expulsión de los musulmanes).

En este sentido, autores como Mudde (2007), manteniendo la distinción de Ignazi, denomina a las nuevas articulaciones de la extrema derecha democrática como “derecha radical populista”, por su empleo cada vez mayor de una lógica populista. Ciertamente el término populismo presenta las mismas dificultades que el de extrema derecha, como señala Rubén Díez en su artículo, por lo que hay especialistas que rechazan su utilización, como Traverso, quien prefiere el de antipolítica. Este último concepto permite visibilizar algunas articulaciones discursivas presentes en los casos de estudio del número. Por ejemplo, en el caso canadiense, la utilización reiterada de valores-principios en los textos divulgativos del partido, que por su propia ontología

y por su carácter a la vez arbitrario e indiscutible, hacen imposible la argumentación y contra-argumentación discursiva, esto es, el sentido del juego político. Se puede encontrar una pauta similar en la utilización de la historia como arma política por parte de Vox, como analiza Mateo Ballester en su artículo. Su relato sobre el pasado no permite interpretaciones o contestaciones, pues no se basa en el análisis historiográfico de las fuentes. La historia es reinterpretada, omitida, tergiversada e incluso inventada, siempre adaptada a las necesidades ideológicas y los valores del partido, depositario único de la esencia y la excepcionalidad de lo español, lo que anula cualquier posibilidad de ser discutida o cuestionada.

2.2. Investigar a la extrema derecha y su producción de la sociedad

Los científicos sociales y especialmente quienes que nos dedicamos a los movimientos sociales tendemos a analizar aquellos con los que nos sentimos identificados, los que podrían considerarse “movimientos amigos” (Esseveld y Eyerman, 1992). Muchos de nosotros somos o hemos sido activistas y estamos cercanos o compartimos muchos referentes ideológicos que activan las movilizaciones y muchas de las reivindicaciones que defienden o exigen los movimientos que investigamos. Esa cercanía tiene sus ventajas y algunas limitaciones. Sin embargo, investigar la extrema derecha es especialmente complejo. Por un lado, no solo no nos sentimos identificados con estos movimientos y partidos políticos, sino todo lo contrario, nos producen rechazo y están en las antípodas de nuestra visión del mundo. Por otro, acceder a estos colectivos tiene sus propias dificultades, por su negativa a participar en una investigación, por las dudas que puede presentar la veracidad de su discurso en caso de aceptar participar, y por los riesgos, incluso físicos, que puede conllevar el trabajo de campo (Blee, 2007, Avanza, 2008).

Todos los artículos de este número abordan en profundidad la dimensión metodológica de la investigación sobre la extrema derecha, las dificultades, los posibles sesgos y cómo sortearlos, y aun con técnicas, perspectivas y marcos teóricos heterogéneos, también todos apuestan por una perspectiva cualitativa. El artículo de Emanuel Toscano es especialmente intenso en este sentido, pues además de mostrar algunos de los elementos definitorios y articuladores de CasaPound, es un relato exhaustivo de los entresijos, preguntas, dudas y certezas a la hora de investigar a un colectivo de extrema derecha de manera directa. La investigación que tanto él como su colega Daniele Di Nunzio realizaron sobre CasaPound (2011) consistió en una etnografía de casi un año, en la que hicieron observación participante en reuniones y encuentros lúdicos de los actores sociales de este colectivo, además de distintas entrevistas en profundidad. Este tipo de investigación *close-up*, es decir, directa, es especialmente interesante para conocer la producción de sentido, de los significados sociales, que los actores crean y comparten, así como los motivos por lo que los individuos se sienten atraídos por su ideología.

Los discursos de estas formaciones son un reflejo del universo simbólico y de significación de los actores sociales. Por lo tanto, una aproximación cualitativa a estos discursos nos permite comprender cómo se articulan las representaciones sociales que producen y reproducen unas identidades colectivas que pretenden ser legitimadas en el ámbito público. Esa producción de la sociedad, que parte de los movimientos sociales (Touraine, 1973), es un proceso en constante desarrollo, en la que los actores piensan y ponen en práctica sus mundos imaginados, sus ideas del bien y del mal, de lo deseable y de lo indeseable. Los movimientos sociales, los partidos políticos y los actores de las extremas derechas también producen la sociedad, aunque su sociedad deseada sea contraria a los elementos de progreso que hacen avanzar a las democracias (Wieviorka, 2012).

En los últimos años, la investigación en internet nos ha permitido sortear algunas de las dificultades a la hora de acceder a los actores de estas formaciones y a sus discursos, y conocer, por tanto, de manera casi directa, su universo simbólico y qué tipo de sociedad pretenden producir y producen. Los artículos dedicados al PHC, a Vox y a Hogar Social utilizan como fuente publicaciones en internet. En el caso del trabajo sobre el PHC, Brieg Capitaine y Denise Helly acuden a la página web del partido para analizar de manera sistemática su visión del mundo o cosmovisión y la constitución de sus objetos y sujetos de odio, plasmado todo ello en distintos artículos informativos, de opinión o con propuestas políticas dirigidos a atraer posibles votantes y seguidores. En el estudio sobre el discurso neofascista de Hogar Social realizado por Eva Espinar, la autora utiliza la página de Facebook del colectivo, plataforma en la que cuenta con casi 100.000 seguidores, para analizar sus posicionamientos políticos y ejes ideológicos en torno a temas como la inmigración, el feminismo o el referéndum de independencia de Cataluña. En el trabajo de Antonio Álvarez-Benavides y Francisco Jiménez Aguilar sobre Vox, además de utilizar publicaciones del partido y de alguno de sus dirigentes en plataformas como Facebook, Instagram o Twitter, utilizan entrevistas en radio, televisión y prensa, así como intervenciones en sede parlamentaria, con el objetivo de recabar distintos tipos de discursos dirigidos a diferentes receptores potenciales, y poder también analizar la posición “oficial” del partido en torno a cuestiones como las relaciones de género, la familia o la diversidad sexual. En el artículo de Mateo Ballester, el objeto de estudio principal es también el discurso, pero en este caso el histórico, y como éste se utiliza para legitimar distintos aspectos del aparato ideológico de Vox. Para ello las fuentes son también plurales, desde publicaciones en redes sociales, declaraciones y entrevistas, como sus programas electora-

les. Este relato histórico da cuenta de la sociedad presente y futura imaginada por Vox, de su apropiación de una definición de nación constituida a partir de elementos arbitrarios y en muchas ocasiones descartados por la historiografía académica contemporánea, que además de tener una función ideológica delimita las identidades colectivas propias y ajenas.

Todas las formaciones analizadas se caracterizan por articular un discurso tremendamente directo y de carácter monolítico, con muy pocas fisuras desde el punto de vista interno y basado en verdades incuestionables. Pero de la misma manera que los medios y canales por los que se distribuyen estos discursos han evolucionado, también lo ha hecho la forma de presentarse públicamente. Analizar el modo en los que las nuevas extremas derechas difunden su discurso resulta fundamental para entender su transformación y su capacidad para atraer a nuevos miembros.

Los artículos sobre CasaPound y Hogar social muestran cómo de manera paradójica ambas formaciones además de evitar la simbología fascista –sin dejar de lado el aspecto militarizado y la intimidación en su puesta pública–, pretenden reorientar su discurso respecto a las migraciones para alejarse del racismo clásico asociado a estas formaciones. De esta forma, como ya hicieron y hacen otras formaciones especialmente francesas (Wieviorka, 1992), han abrazado el etnonacionalismo, es decir, no rechazan o definen como inferior ninguna raza o cultura, sino que abogan por el mantenimiento de la diversidad a través de la detención de los procesos migratorios (Álvarez-Benavides y Jiménez Aguilar, 2020b). Asimismo, en vez de promover su discurso y atraer a sus miembros en espacios clandestinos o relativamente oscuros, ahora utilizan las redes sociales, eventos públicos, debates, conciertos, otras actividades culturales y no rechazan aparecer en los medios de comunicación.

La puesta en escena de Vox también refleja la preocupación por parte del partido por cómo se presenta públicamente y la imagen que quiere transmitir. Como señala Mateo Ballester, Vox omite de forma generalizada en su relato histórico periodos que le resultan incómodos, como la Segunda República o la Guerra Civil Española, y especialmente el Franquismo. Aunque cuentan con un soporte mayoritario entre los nostálgicos de la dictadura, quieren ampliar su espectro de simpatizantes y votantes, por lo que se muestran ambiguos sobre su posición respecto al Franquismo y, al mismo tiempo, han querido desligarse de las referencias estéticas y discursivas de extremas derechas y grupos ultras pretéritos. Del mismo modo, Álvarez-Benavides y Jiménez Aguilar señalan que esto también resulta palpable en la forma en la que defienden en la arena política ciertos valores tradicionales asociados en España al catolicismo, como su oposición al derecho al aborto, a las políticas igualdad de género o el matrimonio de personas del mismo sexo. En consonancia con la transformación de la sociedad española, de sus instituciones y de las formas de activismo, como consecuencia también de los procesos de secularización, Vox ha actualizado y ampliado la imagen y los referentes de la extrema derecha española para conectar con un electorado potencial más amplio.

En el caso canadiense, su discurso de lo deseable y su construcción del otro opuesto está abiertamente basado en la religión, lo que podría plantearse como un proceso de desecularización (Berger, 1999), pero, al mismo tiempo, se actualiza al recurrir a justificaciones científicas en sus afirmaciones y al evitar posiciones abiertamente racistas. La justificación del rechazo al otro se pretende legitimar a través de “verdades científicas” o en términos culturales, pues es Dios quien les otorga el rol de elegidos –a ellos, a su cultura, a su religión y a su comprensión de la ciencia– y quien les da la capacidad de discernir lo bueno de lo malo, lo científico de lo pseudocientífico. Quienes cuestionan estas verdades o bien provienen de otra cultura, son inmigrantes y tienen otra visión del mundo –peor–, o bien están pervirtiendo su propia cultura, la cultura elegida depositaria del verdadero conocimiento científico.

Sin duda, analizar el papel que juega la cultura –en sentido amplio– en estos colectivos es esencial, pues constituye el núcleo central desde el que articulan un discurso en el que se destaca lo que es importante a nivel individual y colectivo, y en el que los individuos se sienten reconocidos. La cultura es un elemento transmisorial y de (re)producción de la identidad. En el artículo sobre CasaPound aparecen muchas claves sobre cómo estos colectivos utilizan la cultura como un elemento de unión, reforzado sentido de pertenencia al colectivo –y por extensión a la nación–, con distintas actividades lúdicas y artísticas. Los trabajos sobre Vox muestran cómo han conseguido exaltar la identidad tradicional y los elementos culturales que a ella asocian, su historia, la concepción de la familia, del hombre y de la mujer, como elemento central de su ideario. Lo mismo se desprende de los análisis sobre el caso canadiense o en Estados Unidos, donde una cultura particular se erige como el centro de la definición de la nación, lo que es básicamente la definición de nacionalismo (Pérez-Agote, 1993), que en el caso de estas formaciones se articula de manera radical y excluyente. La configuración de los objetos de odio del partido cristiano canadiense, y su especial agresividad discursiva se debe, precisamente, al miedo a que la cultura se disuelva por la competición con otras visiones del mundo y que no pueda transmitirse en sus términos originarios.

Estos procesos han sido, de hecho, ampliamente documentados y estudiados por la sociología desde hace varias décadas (Wieviorka, 1992). Sin embargo, es la capacidad de combinar referentes clásicos de la extrema derecha tradicional con construcciones diferencialistas más modernas, de repensarse formal e ideológicamente, lo que ha permitido a estas nuevas formaciones rearticularse exitosamente

de manera plural, con la capacidad de atraer a nuevas generaciones y grupos sociales, sin dejar de lado a sus bases tradicionales, en un contexto global pero consciente de sus distintos anclajes territoriales.

2.3. La democracia, las instituciones civiles y la extrema derecha

El escenario global resultante tras el ascenso, las nuevas articulaciones y reformulaciones de extrema derecha, se presenta como una competición simbólica y real entre visiones del mundo contrapuestas. En un contexto que se percibe cada vez como más polarizado nos cuestionamos si los marcos constitucionales resistirán ante el avance de las nuevas formaciones radicales y ante la tensión creciente de la disputa política. En definitiva, si existe un riesgo real primero de perder los derechos sociales alcanzados, y en último término de que la democracia se degrade.

En este sentido, el monográfico cierra con un epílogo en dos textos que tienen como tema central las consecuencias en las democracias liberales del ascenso de la extrema derecha en los últimos años. Se trata de un ensayo escrito por Jeffrey Alexander en 2018 –en uno de los momentos de máxima efervescencia del *Trumpismo*–, y otro, firmado por Rubén Díez – traductor del texto de Jeffrey Alexander –, acabado, precisamente, durante el asalto al Capitolio perpetrado por partidarios radicales de Trump.

A través de los primeros artículos, pretendíamos comprender cómo nuevos actores sociales, o al menos, actores sociales configurados en colectivos novedosos, con nuevas estrategias, discursos y prácticas, pretendían producir una sociedad a partir de sus definiciones de lo socialmente deseable. En esta última parte, y con estos últimos artículos, lo que pretendemos es analizar hasta qué punto estas producciones son viables, cómo afectan a la sociedad civil, cómo ésta regula visiones contrapuestas de la realidad, y cómo, en definitiva, la democracia se ve afectada.

Jeffrey Alexander se pregunta en su artículo hasta qué punto la arrogante dirección demagógica y populista de Trump, que dio voz a una reacción conservadora, ha llegado a cuestionar los propios fundamentos y valores de las instituciones civiles de la democracia liberal. Para Alexander, el desarrollo de la democracia no es necesariamente lineal y ascendente, como muchos sociólogos postulan, sino que se basa en una lucha de fuerzas entre dos definiciones predominantes en la sociedad civil: la progresista y la conservadora. Se trata de una contraposición de visiones sociales, pero también de intereses, que se traducen en distintos impulsos hacia delante (*frontlash*), para producir una sociedad con más derechos sociales –esto es, una concepción progresista–, contrarrestados periódicamente por impulsos hacia atrás (*backlash*), que pretenden reorientar la sociedad hacia formas de vida tradicionales que sienten como legítimas y positivas (además de proteger sus intereses y privilegios) –sería, por tanto, una concepción conservadora–.

En este marco, las dinámicas del progreso social en la dirección del universalismo de los derechos y la defensa del particularismo, de la acción y la reacción (*frontlash* y *backlash*), que caracterizan el conflicto y el cambio social–, el *trumpismo* ha irrumpido abruptamente tensionando el modelo y poniéndolo en cuestión. Sin embargo, para Alexander, la dinámica del *frontlash-backlash* y viceversa, no solo no es algo nuevo, sino que, en otros momentos, se ha percibido como especialmente tensa dependiendo de los actores que se veían afectados por el impulso. Por ejemplo, el gobierno de Obama fue percibido como un proceso especialmente dramático para los conservadores, como lo fue el de Bush para los progresistas.

Según el autor, la democracia se basa en sentimientos de respeto y atención mutuos, en una solidaridad compartida y reconocida más allá de las distintas posiciones políticas, de interés e ideológicas. Solo si la dinámica populista erosiona las instituciones de la sociedad civil hasta el punto de ser incapaces de gestionar la disputa de intereses y de visiones del mundo, el juego democrático y la democracia en su conjunto estarían en verdadero peligro.

A partir del análisis de Alexander, Rubén Díez inscribe el suyo dentro de un marco histórico y teórico más amplio, profundizando en las raíces de esta polarización. Al igual que Alexander, Díez comprende los avances sociales como algo no necesariamente lineal y progresivo, sino resultado de las tensiones y dinámicas conflictuales en torno a intereses materiales e ideales de grupos que demandan reconocimiento social y reivindican una identidad, conformando así el movimiento pendular de la historia social y cultural a modo de fases de acción y reacción. Para el autor, la compleja relación entre los movimientos sociales, las fuerzas progresistas y las fuerzas institucionales de representación, fue alimentada y mediada por el pensamiento posmodernista de la segunda mitad del siglo pasado. Así, incluso desde la izquierda, el populismo ha construido una retórica dirigida a desafiar la democracia en sus principios constitutivos. Asumiendo el desafío propuesto por Alexander de intentar colocar el análisis sociológico por encima de esta polarización para poder ofrecer una lectura crítica de los fenómenos históricos, políticos y sociales, el último artículo de este número especial, en palabras de su autor, nos invita a analizar los procesos democráticos con gran atención, sin tener miedo de encontrar peligros y amenazas tanto de acción (*frontlash*) como de reacción (*backlash*).

3. Reflexiones finales

Con los dos últimos artículos del monográfico queremos no solo analizar los riesgos a los que se enfrenta la sociedad civil y la democracia ante el avance de nuevas formaciones y formas de extrema derecha, sino también, como plantea Rubén Díez, ante el avance del populismo en todas sus formas. Pero, al mismo tiempo, nuestra intención es proponer un debate sobre la concepción misma de la democracia y aquellos valores, principios e ideas que están en su génesis y que, en definitiva, le dan sentido.

En este número se muestran distintas concepciones de lo social que desde la extrema derecha se plantean como una batalla para producir una sociedad en unos términos que se consideran irrenunciables. A diferencia de otras extremas derechas contemporáneas y pretéritas este proceso se produce dentro de la democracia, aceptando las reglas de la contienda política aun estirando y tensionando sus límites. Nos preguntamos también si más allá de la capacidad reguladora de la democracia y sus instituciones civiles, si a pesar de plantear la disputa política como un juego de tira y afloja, de lucha de intereses y visiones subjetivas de la realidad, podemos rescatar, salvaguardar y promocionar ciertos valores constitutivos del sistema democrático.

A lo largo de la historia, se han alternado diferentes formas de democracia y en el mundo contemporáneo existen una multiplicidad de actualizaciones (Held, 2016). En la necesidad de evitar tanto la deriva hacia el poder absoluto del colectivo, como hacia el individualismo extremo, contrastando lógicas comunitarias y liberales, la modernidad ha estado marcada por conflictos por la afirmación de ciertos principios inalienables. En particular, la libertad, la igualdad y el deber de solidaridad (o espíritu de fraternidad). Diferentes orientaciones políticas interpretan y articulan estos tres principios, generando tensiones y distintas ideas de democracia. La orientación de la libertad basada en la autonomía individual —entendida en términos economicistas como cálculo de coste/beneficio o bien desde una perspectiva más existencial como realización personal— encuentra límites en los demás principios de las democracias modernas, como ilustra la dialéctica entre la idea de libertad y la de igualdad. Igualmente, todo ser humano tiene derecho a dar sentido a su existencia, pero este derecho impone a todos un deber de solidaridad, entendido como un medio para dar a todos la autonomía y seguridad necesaria para convertirse en sujetos, brindando a cualquiera la posibilidad de escapar de los determinismos sociales (Touraine, 1993). Por lo tanto, la democracia necesita de un deseo activo de liberación y confianza en la capacidad de acción colectiva, y la libertad debe abordar el concepto de solidaridad, entendido en el sentido de responsabilidad hacia los demás dentro de la dinámica común de la vida colectiva.

De esta manera, y para concluir, podemos concebir el juego democrático como una confrontación de ideas, intereses y subjetividades, todos legítimos dentro unas reglas mínimas compartidas (Bobbio, 1994). Los distintos impulsos (backlash/frontlash) son una muestra de la pluralidad característica de sociedades cada vez más diversas, que representan, al mismo tiempo, tradiciones e innovaciones, actores del presente, del pasado y del futuro. La polarización política y cultural puede tener consecuencias terribles para los sistemas democráticos, ya sea cuando la tensión excesiva que contamina las instituciones civiles y las reglas de juego político tira en exceso hacia un lado o hacia el otro. Sin embargo, no podemos caer en el error de deslizar la lógica del planteamiento dicotómico de posiciones conservadoras y progresistas como parte del funcionamiento normalizado de las democracias, hacia las subjetividades que se defienden en cada una de dichas posiciones.

La apariencia de equidistancia entre valores, formas de vida y posiciones políticas, no debe confundirnos sobre su ontología. El hecho de que participen como opuestos bajo las reglas del juego político democrático no significa que esos valores deban ser equiparados, considerados análogos, igualmente deseables o, incluso, legítimos. Como afirma Noberto Bobbio (1994:31) la democracia no está fuera de los ideales que la originaron: la tolerancia, la no violencia, la renovación gradual de la sociedad mediante el libre debate de ideas y el cambio de la mentalidad y la manera de vivir, y la fraternidad.

6. Bibliografía.

- Albanese, M., Bulli, G., Castelli Gattinara, P. y Froio C. (2014): *Fascisti di un Alter Millennio? Crisi e Partecipazione in CasaPound Italia*, Catania, Bonanno Editore.
- Álvarez-Benavides, A. y Jiménez Aguilar, F. (2020a): “Estrategias de comunicación de la nueva extrema derecha española. De Hogar Social a Vox, del alter-activismo a la doctrina del shock”, *Revista Latinoamericana Estudios De La Paz Y El Conflicto*, 1 (2), pp. 55-78.
- Álvarez-Benavides, A. y Jiménez Aguilar, F. (2020b): “El nuevo identitarismo español. Movimientos sociales y partidos políticos post-2011 de extrema derecha”, en A. Álvarez-Benavides, F. Fernández-Trujillo, A. Sribman y A. Castillo. *Acción Colectiva, Movilización y Resistencias en el siglo XXI. Volumen 1: Teoría*. Abadío: Fundación Betiko. pp. 169-182.
- Avanza, M. (2008): “Comment faire de l’ethnographie quand on n’aime pas ses indigènes: une enquête au sein d’un mouvement xénophobe”, en A. Bensa y D. Fassin, eds., *Les politiques de l’enquête*, Paris, La Découverte, pp. 41–58.
- Berger, P. L. (1999): *The desecularization of the world*, Washington, DC, Ethics and Public Policy Center.
- Blee, K.M. (2007): “Ethnographies of the Far Right”, *Journal of Contemporary Ethnography*, 36(2), pp. 119–128.
- Bobbio, N. (1984): *El futuro de la democracia*, Mexico D.F: FCE.
- Caiani, M., Della Porta, D. and Wagemann, C. (2012): *Mobilizing on the Extreme Right. Germany, Italy and the United States*, Oxford, Oxford University Press.
- Casals, X. (2011): “La extrema derecha europea: una tendencia ascendente”, *Anuari del Conflicte Social*, 1(1), pp. 389-401.
- Di Nunzio, D. y Toscano, E. (2011): *Dentro e Fuori CasaPound*, Roma, Armando.

- Esseveld, J. y Eyerman, R. (1992): "Which Side Are You On? Reflections on Methodological Issues in the Study of "Distateful" Social Movements", en M. Diani y R. Eyerman, eds., *Studying Collective Action*, pp. 217–237.
- Gallego, F. (2007): *Neofascistas: Democracia y extrema derecha en Francia e Italia*. Barcelona, Debolsillo.
- Griffin, R. (2019): *Fascismo*, Madrid, Alianza Editorial.
- Held, D. (2006): *Models of Democracy*, Cambridge, Polity Press
- Hobsbawm, E. y Ranger, T. (2012): *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica.
- Holger, D. y Manow, P. (2019): "Parliaments and Governments Database (ParlGov): Information on Parties, Elections and Cabinets in Modern Democracies", disponible en web: <http://www.parlgov.org/>. [Consulta: 22 de noviembre de 2019].
- Hutchinson, J. (2019): "The New-Far-Right Movement in Australia, *Terrorism and Political Violence*, 1-23. Doi: <https://doi.org/10.1080/09546553.2019.1629909>
- Ignazi, P. (1992): "The silent counter-revolution Hypotheses on the emergence of extreme right-wing parties in Europe", *European Journal of Political Research*, 22, Wiley, pp 3-34. Doi: <https://doi.org/10.1111/j.1475-6765.1992.tb00303.x>
- Ignazi, P. (2003): *Extreme Right Parties in Western Europe*, Oxford, Oxford University Press. Doi: <https://dx.doi.org/10.1093/0198293259.001.0001>
- Mudde, C. (2007): *Populist Radical Right Parties in Europe*, Cambridge, Cambridge University Press. Doi: <https://doi.org/10.1017/CBO9780511492037>
- Pérez-Agote, A. (1993): "Las paradojas de la nación", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 61, Madrid, CIS, pp. 7-21.
- Pleyers, G. (2018): *Movimientos sociales en el siglo XXI. Perspectivas y herramientas analíticas*. Buenos Aires: Clacso.
- Toscano, E. (2019): *Researching Far-Right Movements: Ethics, Methodologies, and Qualitative Inquiries*, Londres, Routledge. Doi: <https://doi.org/10.4324/9780429491825>
- Touraine, A. (1973): *La production de la société*, París, Edition de Seuil.
- Touraine, A. (1993): *La Voix et le Regard*, París, PUF.
- Traverso, E. (2018): *The New Faces of Fascism. Populism and the Far Right*. Nueva York, Verso.
- Weld, K. (2020): "Holy War: Latin America's Far Right". *Dissent*, 67 (2), pp. 57-65.
- Wieviorka, M. (1992): *El espacio del racismo*, Madrid, Paidós.
- Wieviorka, M. (2012): *Evil*, Cambridge: Polity Press.

